

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	La esperanza entre la fe y la caridad
<i>Pedro Alurralde</i>	17	El monje y la esperanza
<i>Jean-Louis Brugues</i>	21	El arte de durar
<i>Alberto Espezel</i>	33	Esperanza y purificación en la teología contemporánea
<i>Xavier Tilliette</i>	43	Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza
<i>Carlos G. Hoevel</i>	51	Para una espiritualidad ante la muerte
<i>Santiago Kovadloff</i>	59	Lo peor ya pasó
<i>Olegario González de Cardedal</i>	67	Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística
<i>Leonardo Cappelluti</i>	84	Iglesia, Eucaristía e Inculturación

Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza

por Xavier Tilliette*

Quizá sin quererlo Péguy ha causado algún perjuicio a la virtud de la esperanza o al menos ha creado una confusión. La pequeña niña alegre que camina entre sus hermanas mayores corre el riesgo de dar una impresión de despreocupación y de inmadurez. Ella tiene los rasgos y los colores de la esperanza, que se dirige a las cosas de este mundo, si nos servimos de la preciosa distinción que ofrece casi únicamente la lengua francesa (entre “espoirs” y “espérance”, n. del t.). La imagen podría tornarse engañosa. Porque la esperanza es también una virtud adulta que no tiene nada que envidiar a sus mayores. Gabriel Marcel, que ha hecho de ella el eje de su filosofía itinerante, no ignora su brío y su ardor juvenil, pero conoce también el otro aspecto, la humildad, la paciencia, la fidelidad que él lee en el rostro de las viejas sirvientas. Es cierto que ella se lanza alegremente, cuando toma la figura de la esperanza, pero ese impulso es poderoso, insaciable, un batir de alas hacia el horizonte hasta que se pierda de vista como lo describe Goethe en el poema órfico, o gnómico, titulado Elpis, esperanza:

“Sin embargo la puerta rebelde del límite, del muro de bronce

Es descerrajada, ¡ella no se mantiene sino con la antigua dureza de la roca!

Un ser se muere dulcemente y se separa. Desde el techo de nubes,

*Xavier Tilliette S. J. nacido en Corbie en 1921. Ordenado sacerdote en 1951. Ha sido profesor del Instituto Católico y de la U. Gregoriana de Roma. Publicaciones recientes: *Le Christ de la philosophie* (1990), *La Semaine Sante des philosophes* (1992), *Le Christ des philosophes* (1993), *L'intuition intellectuelle de Kant a Hegel* (1995).

Desde la bruma y la borrasca, nos eleva con ella, sobre su ala.

La conoceis, está ebria de todos los lugares.

¡Un golpe de alas! ¡y los eones detrás de nosotros!”

La imagen de las alas, como la de la llama, también frecuente, traduce el dinamismo “elpídico”. La esperanza es quien confiere a la fe su razón de ser y su vida secreta. Las dos son inseparables, y en su famoso cuestionario crítico Kant enlaza inmediatamente al: ¿qué debo creer? un ¿qué puedo esperar? Los demonios tienen fe, pero desnuda y sin esperanza (según el oráculo de Dante), y tiemblan. Arthur Rimbaud tiene fe, pero desnuda y sin esperanza, y permanece en el infierno. Nunca la esperanza. ¿Jamás el *orietur*? Es que la esperanza depende directamente de la caridad, que es el bien por excelencia, forman las tres teologales una articulación, una trinidad. Gabriel Marcel ha acuñado la fórmula de esa solidaridad; espero en Ti para nosotros, en la que el amor invoca una perennidad garantizada por una fe totalmente impregnada de esperanza.

Desde que la fe se dobla en confianza y en fidelidad, que ella entra en la vida y en la marcha del tiempo, ella se vuelve casi indiscernible de la esperanza. Esto explica la metáfora, bastante insólita a primera vista, empleada en la Epístola a los Hebreos, del ancla del alma: “esta esperanza la poseemos como un ancla del alma, segura y sólida; ella penetra más allá del velo” (*Hb.* 6, 19). Un ancla es aparentemente lo contrario de un ala, una imagen estática. No hay que descartar demasiado rápidamente la representación del ancla que fija, que retiene, que impide al navío derivar y estrellarse en los escollos, representación que emparenta tan netamente la esperanza con la fe. Nuestra alma está anclada en Dios, ha encontrado en El un apoyo, una amarra, que asegura su perseverancia y su puesta al abrigo. Pero el contexto invita a no sobrestimar el carácter estático. El ancla es la fuerza que une firmemente al puerto, la garantía de la solidez por encima de la movilidad y de las vicisitudes que caracterizan a la vida humana. Es también el fin de la travesía, el garfio que se lanza cuando hemos llegado a la ribera, en ese sentido el símbolo de nuestro destino sobrenatural: “la esperanza arroja su ancla hacia los cielos” (Jules Lequier). El ancla fija al flanco del barco es un recuerdo perpetuo de la meta. Y la esperanza, por muy paciente y despojada que pueda ser, nunca pierde de vista el horizonte y lo que se anuncia más allá de él.

Es una tensión que no flaquea y que supera los obstáculos. El versículo de *Hebreos* lo indica, puesto que agrega a la firme firmeza de la convicción la penetración “más allá del velo”, en el contexto de la epístola el velo del templo que sólo el sumo sacerdote apartaba una vez al año, en adelante el lugar en que Jesús, el soberano santificador, ha precedido a su pueblo: es allí donde la esperanza lo alcanza más allá de la existencia terrestre. Lo que es confirmado por la declaración capital de San Pablo: “Si sólo esperamos en Cristo para esta vida, somos los más desgraciados de los hombres” (1Co. 15, 19).

Otra imagen apropiada es el fulgor o, como en la profecía según San Pedro, “la lámpara brillando en un lugar oscuro”. Ella se vincula a la del vigilante, del que vela, que interroga a la noche, que espía los primeros signos del alba y se alegra al ver aparecer a lo lejos la delgada raya luminosa que anuncia la salida del sol, también a los servidores fieles del Evangelio que, ceñida la cintura, con las antorchas encendidas en las manos, esperan el regreso imprevisto del Señor. El cristiano es ese vigía, ese lince, un par de ojos apuntando a lo negro, hasta que un fuego, una luz responda a la suya buscando incansablemente el camino y protegiendo sus pasos. Un vigía como lo eran formidablemente un Ernest Hello, un León Bloy, un Paul Claudel. La espera de los cristianos ¡ay! está hoy embotada, contrariada por el secularismo y por la “negativa de la muerte”. Nuestros contemporáneos no esperan nada, en todo caso nada prodigioso, sus expectativas son mezquinas, a la medida de la semana: la esperanza fuerte, que galvaniza, desaparece porque ella no encuentra ya asidero, desde que se ha reprochado a los cristianos preferir el cielo y cultivar la evasión. Ahora bien, se trata de restablecer en los corazones una espera vigilante, llena de deseo, en lugar de la pasividad desconsoladora de las melancólicas “salas de espera”. Si tuviéramos esperanza como un grano de mostaza, todo nuestro comportamiento sería trastornado, los miedos y los pequeños cálculos serían arrancados, cuántas cosas nos parecerían insignificantes, indignas de quien es llamado a otro estado. A la canción de Santa Teresa de Avila:

“Frente a los bienes que espero

El resto me es pasatiempo.”

hace eco la voz de Claudel en *La Messe là-bas*: “todas esas cosas, que amamos tanto y en el fondo nos desagradan, ¡qué alegría decirse que debemos abandonarlas a todas!”

La esperanza injertada en la fe (“sustancia de las cosas que se esperan”) juega todo al porvenir, como la esperanza, pero para ella se trata de un porvenir absoluto. Hay en efecto una correspondencia evidente entre las virtudes teologales y las dimensiones del tiempo. La caridad pertenece al presente, que es la urgencia misma, que no nos da ninguna tregua ni prórroga, que no mira hacia atrás. O más bien el presente pertenece a la caridad, jalona incansablemente el curso del tiempo destinado a los trabajos y a las obras del amor. Por eso la caridad “no muere nunca” (1 Co. 13, 8). Olvida todo y no espera nada. Y sin embargo en ese desprendimiento y ese desinterés ella incluye a las otras dos: “Cree todo, espera todo” (1 Co. 13, 7), porque es su quintaesencia por así decirlo: de la fe la adhesión total y el abandono sin límites, de la esperanza el deseo y el ardor. La fe está fundada sobre el pasado como un zócalo inmutable, sobre lo que siempre ha sido desde el origen inmemorial de Dios hasta la tradición, eclesial y fraternal, impresa desde la infancia. Ella es asentimiento, como tan bien lo ha mostrado Newman, pero asentimiento a verdades transmitidas, don comunicado de generación en generación. El dicho de Kierkegaard: creo porque mi padre me lo ha dicho, encierra un sentido profundo, porque asocia a la simplicidad de la infancia la transmisión de la palabra y la autoridad del padre, cuya paternidad viene del Padre de las Luces. La pertenencia de la fe al pasado —esa grave noción, decía Schelling— no implica ninguna esclerosis, ningún depósito momificado. Ella significa el arraigo sin el cual la savia no es nutrida. “Un árbol tiene esperanza” se lee en el libro de Job. La vinculación al pasado no es solamente la garantía de certeza, sino también el elemento de la confianza y de la fidelidad. Finalmente la esperanza, sin romper sus vínculos con la fe y el amor, lejos de las cuales se debilita pronto, ¿se lanza hacia el porvenir, o más bien supera ese porvenir informe que no es de nadie y que descifran vanamente la adivinación y la futurología? No que ella no tenga aleación temporal, esto sería una imposibilidad y una ilusión. La esperanza se ejercita en la paciencia del tiempo, pero ella fija un porvenir que transgrede la *ultima linea rerum*. Sólo el gran santo, el místico, abrasado de caridad, vive ya en la eternidad, su esperanza desafía el largo y el ancho del tiempo, que en cierto modo es reducida a cenizas. Y hemos ya visto que la fe desnuda y desconfiada es también la parte, si no el patrimonio, de los demonios. La esperanza impulsa hacia adelante,

va al encuentro de las edades de la vida puesto que, lejos de envejecer con quien la lleva, rejuvenece y corre como el mensajero de una buena nueva: ella busca y encuentra una salida a lo que es sin salida. El "bello riesgo" del filósofo pagano es fácil de cristianizar, el "bello riesgo de la fe" que fue hace tiempo el título de una obra de piedad muy leída, es más exactamente el riesgo de la esperanza, ésta es el bello riesgo incluido en la fe, quizá sería mejor decir la apuesta.

No se puede exaltar la esperanza y callar la muerte, la muerte es a la vez el término y la amenaza de la esperanza, en todo caso su mesa de ensayo, su ordalía. Gabriel Marcel ha tenido conciencia de esta dualidad, una conciencia sobreaguda. La muerte afrontando a la esperanza y minándola disimuladamente se llama la desesperación, muerte anticipada. Hay aún una colusión total de la muerte y de la desesperación, es el suicidio. El suicidio es la desesperación arrastrando a la muerte, mientras que la muerte arrastrando a la desesperación es la condición del condenado, del moribundo, de esos "muertos en suspenso" que el existencialismo ha rotulado. La proliferación de los suicidios, gestos súbitos, impulsos irrepreensibles, vértigos del vacío, es un mal signo para una época que ha embotado las necesidades espirituales. No basta poner esas desgracias, desconcertantes cada vez, a cuenta de la fatalidad y la depresión. Una sociedad que engendra el suicidio ha olvidado cultivar los comportamientos del legado cristiano: aceptación de los sufrimientos, piedad hacia sí mismo, hacia su insuficiencia, su mediocridad, indulgencia hacia los otros, y sobre todo, más que el conocimiento de sí, sentido de la vida. No se ha enseñado a los jóvenes para qué están en este mundo y lo que han de hacer con su existencia. "El tiempo, todo lo consume y sólo el amor lo emplea". Curiosamente este hermoso verso es de Voltaire, y Claudel, que lo copia de nuevo está totalmente atónito con él, como con una sorpresa feliz. Ciertamente no se llegará a eliminar los casos patológicos, y hay seres perturbados cuyo sufrimiento es tan indeciblemente atroz, que ellos se libran de él implorando perdón. He conocido algunos. En su gesto desesperado ellos han puesto a menudo una esperanza desesperada, extraviada, pero intensa. Es una paradoja. Y sin embargo a quien no ha pedido vivir Dios le ordena vivir. Bernanos, sujeto a terribles crisis, lo había comprendido cuando hablaba de una esperanza "que no es sino el rechazo inflexible de desesperar". Tam-

bién Mounier con “la esperanza de los desesperados”. Y todavía más Marie Noël, alma nocturna.

Como si la esperanza no desplegara plenamente sus alas sino por encima del abismo. La esperanza más pura, la que asedia a lo absoluto, se alimenta en cierto modo de la rabia de la desesperación, o al menos del vértigo que suscita en todo hombre reflexivo la gran incógnita de la muerte, el misterio del que apartamos los ojos sin cesar. Es lo que hace tan tónica la lección de Gabriel Marcel, peregrino de la esperanza. Su seguridad ha atravesado el miedo, ha rebotado sobre la tentación del suicidio como sobre un trampolín. Pero en él la esperanza reconquistada no se deja ahogar. Es sinónimo de la marcha adelante, y el carácter itinerante, puesto en marcha por la fe, es el resorte y la razón de ser de una vida humana: “el alma es la viajera, de ella es verdad decir, que ser, es ser en marcha”, y la esperanza es “el paño de que está hecha nuestra alma”. La esperanza y la fe se ayudan mutuamente, y se apoyan en la caridad. Porque la esperanza *confía* en el amor divino, o más bien ella suscribe al crédito ilimitado abierto por Dios. Hemos citado la fórmula que la resume: espero en Tí para nosotros. Desarrollada: espero en Ti, Tu absoluto. Recurso único para nosotros, para la comunidad viva que formamos, Tú y yo, ella y yo, yo y el prójimo, yo y los seres a quienes amo.

Entonces mi muerte y su anticipación en la muerte del ser amado acogen la esperanza de la inmortalidad. “Las desembocaduras de la esperanza se sitúan en el mundo invisible”. No es solamente un deseo, es una afirmación y una certeza. Porque la esperanza es prevenida en cierto modo, atrapada, por la exigencia del amor cuya naturaleza misma desafía y recusa la muerte. “Amar a uno, es decirle: tú no morirás”. Y a fortiori el Amor Divino, cuya representación “nos reducirá a polvo” (Bernanos), no puede tolerar que sus servidores sean entregados a una desaparición definitiva. Sólo la esperanza merece, reclama el despojamiento del *tener*, el desapego que alivia la carga del yo, la llamada de una gran pasión y de un gran deseo que hace acelerar el paso. Hay tantas almas muertas, tantas vidas muertas antes que ello ocurra. El andar itinerante no es errar y vagabundear, tiene un termómetro “que ve y que no ve” y cuando más avanza, más apresura el movimiento. Su otro nombre es la esperanza que nos aspira irresistiblemente hacia la hora en que nuestra vida “no será quitada, sino transformada”. Yo he citado y reci-

tado a menudo la oración de Gabriel Marcel al final de *Homo Viator*, la más hermosa conclusión posible:

“Espíritu de metamorfosis,

Cuando intentaremos borrar la frontera de nubes que nos separa del otro reino, ¡guía nuestro gesto de novicio!”

Y cuando suene la hora prescrita, ¡despierta en nosotros el humor alegre del caminante que abrocha su saco mientras que tras el vidrio empañado continúa la eclosión indistinta de la aurora!